

Stefano Rossoni - Università degli studi di Bergamo

Un sincretismo imposible: el amor cortés en Del amor y otros demonios de Gabriel García Márquez

Gabriel García Márquez, una de las figuras más importantes e influyentes de la literatura universal, nació en Aracataca, ¹ un pueblo de la costa colombiana que no alcanza los cien años de vida. El escritor colombiano transcurrió su infancia en este arrabal entumecido por un calor canicular que sólo las lluvias torrenciales pueden aliviar. Es en este sitio tan lejano de la imaginación europea, donde “mestizaje” no es una palabra que se lee en las páginas de los libros, sino una realidad que se manifiesta en las caras de la gente que puebla sus calles polvorientas, que se fundamentan los mundos narrativos y los personajes que protagonizan su universo literario. Criado por sus abuelos, en 1948 Márquez se fue a Cartagena de Indias donde empezó a trabajar como reportero. Una carrera que durante treinta años lo llevará a vivir en muchos países de Europa, EE UU y de América Latina. En 1955 publica su primera obra *La Hojarasca*, pero es con la publicación de *Cien años de soledad*, en 1967, que obtiene un reconocimiento mundial.

Su producción narrativa reconocida entre la más importantes del siglo XX fue galardonada en 1982 con el Premio Nobel de la Literatura. En su discurso de aceptación del premio, reflexionando sobre la literatura de América Latina, el escritor pronunció una auténtica apelación que es el ideal punto de partida de este ensayo. Márquez se apeló justamente a la Europa que lo estaba premiando para que reconociera la necesidad de abandonar los paradigmas típicamente europeos en la interpretación de las identidades 'otras':

...no es difícil entender que los talentos racionales de este lado del mundo, extasiados en la contemplación de sus propias culturas, se hayan quedado sin un método válido para interpretarlas. Es comprensible que insistan en medirnos con la misma vara con que se miden a sí mismos, sin recordar que los estragos de la vida no son iguales para todos, y que la búsqueda de la identidad propia es tan ardua y sangrienta para nosotros como lo fue para ellos. La interpretación de nuestra realidad con esquemas ajenos sólo contribuye a hacernos cada vez más desconocidos, cada vez menos libres, cada vez más solitarios. Tal vez la Europa venerable sería más comprensiva si no tratara de vernos en su propio pasado. ²

La relación conflictiva entre las identidades caribeñas y la europea, la violencia y el sufrimiento provocados por la dominación colonial, las consecuencias sangrientas de la inadecuación de los paradigmas elaborado por el Viejo Continente son unos de los problemas que

¹ Informaciones sacadas de Paoli Roberto, *Invito alla lettura di García Márquez*, Milano, Mursia Editore, 1981.

² Márquez Gabriel García, La soledad de América Latina, en *Les Prix Nobel. The Nobel Prizes 1982*, Stockholm, Editor Wilhelm Odelberg, [Nobel Foundation], 1983.

<http://nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/1982/marquez-lecture-sp.html>

plantea a lo largo de toda su literatura. En particular esas temáticas protagonizan una de sus más recientes novelas *Del amor y otros demonios*, escrita y publicada en 1994.

El cronotopo de la novela, el de la Cartagena de Indias del siglo XVIII define “el sincretismo cultural propio de una sociedad donde conviven negros, blancos, y mestizos, bajo la férula del tribunal se la Santa Inquisición, portador del deber ser, de la ortodoxia en un mundo en ebullición”³. Este es el escenario de la historia de la marquesita Sierva María de Todos los Ángeles que a la edad de doce años fue mordida en el tobillo por un perro que padecía rabia. El obispo don Toribio de Cáceres y Virtudes alarmado por las voces que se estaban difundiendo acerca de los rituales paganos con los que se intentaba curar a la niña dispuso que la encerraran en el convento de Santa Clara, para que fuera exorcizada contra el demonio que la poseía. El exorcista, el padre Cayetano Delaura, se enamoró de la joven que cedió a sus amoríos. Se veían de noche, cuando él se introducía en el convento por un pasadizo secreto y se amaban amparados por los sonetos petrarquistas de Garcilaso, que Cayetano recitaba con vehemencia. Atormentado por el remordimiento, el sacerdote confesó su relación, perdiendo por eso su cargo de exorcista; bajo la sospecha de sus desvíos, el obispo lo degradó a enfermero en el hospital de leprosos. En seguida, empezaron los duros exorcismos para curar a la joven. Cayetano y Sierva siguieron con su relación hasta que las autoridades eclesiásticas descubrieron el pasaje secreto que permitía al sacerdote alcanzar a su amada. La historia llegó a su final trágico el 29 de mayo cuando la guardia que entró a prepararla para la sesión de exorcismos la encontró muerta de amor en la cama.

Del amor y otros demonios es una obra sumamente compleja; su amplitud temática no se puede agotar en un único camino interpretativo. A raíz de eso conciencia se intentará explicar uno de los innumerables aspectos de la novela: cómo el autor asimila la idea de amor cortés en la obra, para expresar el conflicto entre la cultura blanca y la negra a través del que Cartagena de Indias se eleva a símbolo de los conflictos del mundo colonial. Y desde el título y los elementos prototextuales Márquez inserta su novela en el marco textual del amor cortés. Frente la importancia del papel desempeñado por el tema de la 'cortesía', se hace necesaria una introducción que aclare el significado de los rasgos del amor cortés que constituyen el esqueleto de la obra, centrada en dos aspectos: 1) la concepción idealizada de la mujer angélica contrapuesta a la imagen de la mujer que encarna el amor sexual y la fuerza de la pasión: la belleza negra; 2) la visión del matrimonio como contrato y del adulterio como única realidad en la que se puede concretar el amor. A continuación veremos cómo la relación entre Sierva María y Cayetano se inserta inicialmente en las dinámicas de la 'cortesía', analizando luego la violación de dichas conductas que expresa la repugnancia entre las identidades blanca y negra personificadas respectivamente en el sacerdote y la marquesita.

³ Gómez de Buendía Blanca Inés, “Intertextualidad y erotismo en *De amor y otros demonios* de G. García Márquez”, en “*Cien Años de Soledad*” *Veinte años después*, Universidad Nacional de Colombia, 1997

La peculiaridad de la obra se manifiesta a partir del título: un sintagma verbal en que el uso y la posición de la preposición 'de' hacen referencia a los conjuntos de discursos medievales y renacentistas; especialmente clara parece la alusión al tratado *De Amore (De Arte Honestae Amandi)*, escrito alrededor de 1185 por el religioso francés Andreas Cappellanus. El texto teorizaba que el verdadero amor sólo podía cumplirse fuera de los vínculos matrimoniales que imponían el 'vasallaje' en la relación amorosa y la consiguiente subordinación del caballero a la dama. El *De Amore* fue condenado por la Iglesia en 1277. Cabe destacar que a través del adjetivo indefinido 'otros' se equiparan los términos 'amor y demonios'. Como se intentará demostrar a lo largo de este ensayo afirmando la igualdad entre el amor y lo demoníaco, el título parece expresar “el punto de vista ideológico del actante iglesia – entendida esta en su antiguo oficio de Inquisición”.⁴ De hecho, en un mundo dominado por la superstición y el fanatismo, el erotismo y el amor se convierten en tentaciones del Maligno para aprovechar las debilidades de los hombres para perderlos, como en el caso del amor 'demoníaco' que caracteriza la relación entre un sacerdote y una niña. También el epígrafe, una cita de *De la integridad de los cuerpos resucitados* de Santo Tomás: “Parece que los cabellos han de resucitar mucho menos que la otra partes del cuerpo”,⁵ se inserta en el mismo marco textual del título como una referencia a los tratados medievales (aunque sólo sea por nombrar Santo Tomás). Además esta cita configura “el mundo de la corporeidad en el que descansa el universo novelesco”⁶ e introduce el tema llave de la relación vida y muerte en la concepción cristiana, y por consiguiente el de una vida terrenal guiada por los principios morales de la cristiandad.

Es necesario contextualizar la referencia al amor cortés y aclarar el imaginario que evoca, porque esa concepción juega un papel fundamental en la construcción de la novela, e indispensable para la comprensión de los problemas que plantea. Para describir las líneas generales de esta tendencia la referencia ha sido el ensayo de García Julieta “Amor y erotismo en *Del amor y otros demonios* de Gabriel García Márquez”.

El primero en acuñar el término 'amor cortés' (o 'amor cortesano') fue el el novelista francés Gaston Paris en 1883. La 'cortesía' se identificaba con la actitud acerca del amor que se manifestó por primera vez en la literatura del siglo XII. Su importancia se funda en el esfuerzo por establecer una nueva concepción de amor que regulara las relaciones humanas. El amor cortés se configura como un sentimiento ennoblecedor para los amantes, que establecen entre ellos una sagrada unicidad. En esta visión edulcorada, el amor sexual no puede reducirse a un mero impulso de la

⁴ Tedio Guillermo (2005), “*Del amor y otros demonios* o las erosiones del discurso inquisitorial”, *Espéculo. Revista de estudios literarios* Universidad Complutense de Madrid, <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero29/delamor.html>>

⁵ Santo Tomás, *De la integridad de los cuerpos resucitados*, apud Marquéz Gabriel García, *Del amor y otros demonios*, España, Debolsillo, 1994. p.9

⁶ Gómez de Buendía Blanca Inés, “Intertextualidad y erotismo en *Del amor y otros demonios* de G. García Márquez”, en “*Cien Años de Soledad*” *Veinte años después*, Universidad Nacional de Colombia, 1997

libido. Por ser un logro ético por alcanzar el amor se vincula con la cortesía y el cortejo, aunque no necesariamente con la institución y el vínculo del matrimonio. La casi imposibilidad de cumplir con los principios de esta codificación en la realidad, configuraba este modelo como una forma de controlar y reprimir el impulso sexual.

Guillermo Séptimo, conde de Potiers codificò las características concretas del código de la 'cortesía', desarrollandolas en abierta contraposición con la institución del matrimonio que ya estaba degradada por los intereses económicos y reducida a un convenio que no contemplaba el amor, sino sólo la satisfacción entre los padres de los hijos contrayentes. En contra de esta utilitaria visión del matrimonio, estaba la idea del 'vasallaje' que implicaba la subordinación del caballero a la dama que se convertía en su 'domina'. El acto de aceptación de la superioridad de la dama fundaba una relación asimétrica como la entre el vasallo y el señor que estaba en las antípodas de la visión conyugal en la que la mujer estaba hecha para cumplir los designios del hombre. Con el juramento de fidelidad, el amante se vinculaba incluso a la aceptación y al aguante de las crueldades de la dama. De hecho esta tipología de amor sólo podía cumplirse fuera del matrimonio, tanto que esa 'fidelidad cortés' implicaba necesariamente infidelidad conyugal. Pero no era una exhortación a la fornicación: nunca esa infidelidad tenía que llegar a la carnalidad. El amor cortés era casto y por eso "perpetuamente insatisfecho"⁷:

En el marco del amor cortés lo sexual y el amor tienen un carácter antitético o incluso antagónico: el amor cortés rehuye al cuerpo, alaba la castidad y pondera la lejanía de la dama en tiempo y en espacio; la dama vive, pues, intensamente en la imaginación del enamorado.⁸

En este ideal tan abstracto la dama ideal es la que llena las aspiraciones amorosas del caballero y no es necesaria su presencia física. La ausencia no impide el amor ni siquiera cuando el amado no ha visto nunca a su dama. La pasión es el verdadero objeto de este amor en perpetua tensión, que prefiere el deseo a su cumplimiento, y el sufrimiento a la felicidad.

Conviene recordar que si mediante el erotismo, la sexualidad y el amor se puede alcanzar la otredad, también es evidente que siendo la *cortesía* una particularización de estos fenómenos [...] se delinea como el deseo de una realidad absoluta, alejada del tiempo y del desgaste propio de las cosas humanas; "lo otro" es la idea del amor o, en otras palabras, el amor ideal en cuya fusión se "pierde", se olvida de sí quien ama de tal forma. Ésta es la meta de los seguidores del amor cortés.⁹

⁷ García Julieta, "Amor y erotismo en *Del amor y otros demonios* de Gabriel García Márquez", *Espéculo. Revista de estudios literarios*, Universidad Complutense de Madrid, 2007.
<<http://www.ucm.es/info/especulo/numero35/delamor.html>>

⁸ Ibidem

⁹ García Julieta, "Amor y erotismo en *Del amor y otros demonios* de Gabriel García Márquez", *Espéculo. Revista de estudios literarios*, Universidad Complutense de Madrid, 2007.

Esta definición de la cortesía como “sublimación ritualizada del impulso sexual”¹⁰ será fundamental para la interpretación de la obra.

1. Amor cortés y conflicto de culturas en *Del amor y otros demonios*

Vamos ahora a analizar las alusiones al amor cortés y la presencia de sus tópicos a lo largo de la novela, para explicar como esas referencias construyen su sentido, a veces en contraposición con el significado original que evocan, otras veces reforzándolo.

El primer capítulo se abre con la descripción de la belleza negra de una cautiva abisinia. Una mujer “de una hermosura tan perturbadora que parecía mentira”¹¹ (p. 16) que un gobernador paga por su peso en oro. En seguida el autor nos introduce un estereotipo de mujer totalmente antitético a la imagen idealizada de la mujer preconizada por la tradición cortés y ajena al imaginario europeo. Cabe destacar la importancia de la elección del adjetivo “perturbador” (p. 16): la etnia y la cultura africana representadas en la sociedad criolla ficcionalizada por García Márquez se configuran como el “peligro negro”¹²:

los negros son, a veces, una amenaza sobrehumana por su belleza, que resulta irresistible o incluso insoportable para los criollos, como es el caso de la cautiva abisinia que vale su peso en oro y que aturde extremadamente al nuevo virrey. Igual de desconcertante es el físico de Judas Iscariote, el esclavo libre con rastros chippendalianos del que Bernarda Cabrera se ha enamorado perdidamente y cuyos vicios marcarán la muerte del hombre fatal y la ruina de la presunta aristócrata.¹³

El segundo capítulo por medio de un analepsis revisita los acontecimientos que condujeron al matrimonio entre los padres de Sierva María Bernarda Cabrera, hija de un indio ladino y blanca de Castilla, y Don Ygnacio de Alfaro y Dueñas, segundo marqués de Casaldueiro y señor del Darién. Bernarda persiguiendo un preciso plan para casarse con el marqués y conquistar de esta manera una mejor posición social lo despoja “sin gloria de su virginidad” (p. 52) a los cincuenta y dos años llegando casi a violarlo. Desde aquel momento sus encuentros sexuales siguen “en la siesta, de

<<http://www.ucm.es/info/especulo/numero35/delamor.html>>

¹⁰ Ibidem

¹¹ Marquéz Gabriel García, *Del amor y otros demonios*, España, Debolsillo, 1994. Todas las citas pertenecen a esta edición. En corpus entre parentesis se cita el número de página correspondiente.

¹² Steenmeijer Maarten, “Racismo utópico en *Del amor y otros demonios* de Gabriel García Márquez”, *Espéculo. Revista de estudios literarios*, Universidad Complutense de Madrid, 2002.
<<http://www.ucm.es/info/especulo/numero27/delamor.html>>

¹³ Ibidem

prisa y sin corazón” (p. 52) acompañados por las canciones procaces de las locas recluidas en el manicomio cercano a la casa del marqués, hasta que Bernarda se queda embarazada. A este punto la única opción “para zurcir la honra” (p.53) es “el matrimonio formal” (p. 53). Al ridiculizar el matrimonio se denuncia como el sacramento queda reducido a un mero convenio de intereses, abrazando la perspectiva de los trovadores.

En el tercer capítulo los destinos de Sierva y de Cayetano se entrelazan por la primera vez. En un diálogo con el obispo Torribio de Cáceres, el sacerdote confiesa de haber soñado con Sierva María, a pasar de no haberla vista nunca en su vida. La relación entre los dos se inscribe enseguida bajo lo maravilloso y parece lamer uno de los tópicos de la 'cortesía': el de un amor idealizado que se realiza aunque en ausencia de la amada. Después de esta confesión el obispo decide dejar en sus manos la vida de la niña. El narrador subraya así ese momento introduciendo por la primera vez el nombre completo de Cayetano y ofreciendo a los lectores detalles sobre su vida:

Fue así como Cayetano Alcino del Espíritu Santo Delaura y Escudero, a los treinta y seis años cumplidos, entró en la vida de Sierva María y en la historia de la ciudad. [...] Estaba convencido de que su padre era descendiente directo de Garcilaso de la Vega, por quien guardaba un culto casi religioso, y lo hacía saber de inmediato. Su madre era una criolla de San Martín de Loba, en la provincia de Mompox, emigrada a España con sus padres. Delaura no creía tener nada de ella hasta que vino al Nuevo Reino de Granada y reconoció sus nostalgias heredadas. (p. 91)

El nombre del sacerdote crea toda una red de referencias: su nombre alude a San Cayetano de Thiene (1480-1547),¹⁴ un sacerdote italiano que fue misionario y que durante la época de la Controreforma luchó para reformar las costumbres de la iglesia. Cayetano dijo en una carta a su confidente espiritual que durante la celebración de su primera misa la Virgen le apareció y le puso el niño Jesús entre los brazos. Hay aquí otra referencia a la marquesita Sierva María de Todos los Ángeles, cuyo nombre es una alusión a la Virgen; además Alcino:¹⁵ es el nombre de una planta selvática y una alusión a la subversión que emancipará Cayetano de la ortodoxia católica; a su vez, Delaura es una referencia a Laura, la mujer amada por el poeta italiano Petrarca y remite a la influencia que el italiano tuvo sobre el poeta Garcilaso de la Vega; otro nombre, Escudero, alude al contexto de la caballería; por último Espíritu Santo se refiere a la nueva concepción de la fe que el sacerdote adquirirá a lo largo de la novela.

Además, el fragmento citado marca un momento fundamental en la novela, por primera vez se nombra el poeta Garcilaso de la Vega (Toledo 1501 – Le Muy 1536) y la convicción del sacerdote que cree proceder de él. Remitir al poeta español significa aludir “a la poética

¹⁴ Informaciones sacadas de Gaetano da Thiene, *Lessico Universale Italiano Treccani*, Roma, 1984 y Bargellini Piero, *Santi del giorno* Firenze, Vallecchi, 1958

¹⁵

característica del Renacimiento en la tradición literaria europea, la de la idealización de la mujer, principio y fundamento del amor cortés”.¹⁶ Aunque como se verá a pasar de la pertenencia a la tradición cortes, Garcilaso no se conforma a todas las reglas de la cortesía porque él no canta un amor ideal su poesía está cargada de erotismo del amor profano. En su primer encuentro con Cayetano, Toribio de Cáceres dice que “lo recordaba como un poeta pagano que no mencionaba a Dios más de dos veces en toda su obra” (p. 92). Garcilaso se considera uno de los poetas más innovadores de la literatura española, por llevar a cabo la asimilación y adquisición del metro y de las líricas petrarquistas en la poesía española, a pasar de eso, el obispo lo describe como “pagano” por cumplir una operación de síntesis que integra en la tradición española el aparato mitológico de la cultura clásica que era antitético a los valores cristianos.

Al encontrar físicamente por primera vez a Sierva María, Cayetano descubre que la niña era tan igual que en su sueño. En la tercera visita Cayetano logra a ganar la hostilidad de Sierva, la cual viendo la mano vendada del sacerdote quiso ver la herida que le había infligido en la visita anterior con un mordisco:

“Soy más mala que la peste”, dijo.

Delaura no le contestó con los evangelios sino con Garcilaso:

“*Bien puedes hacer esto con quien pueda sufrirlo*”.

Se fue enardecido por la revelación de que algo inmenso e irreparable había empezado a ocurrir en su vida. (p. 102)

Según el modelo del amor cortés, se establece ahora la relación de vasallaje esencial en el ritual amoroso y el amante se complace al postrarse ante la dama. Al sustituir los evangelios con la poesía de Garcilaso, Cayetano empieza inconscientemente a convertir la marquesita al amor y no a la religión católica. Por la noche el sacerdote no puede que pensar en ella: “y cuanto más pensaba más le crecían las ansias de pensar. Repitió en voz alta los sonetos de amor de Garcilaso” (p. 103)

En el cuarto capítulo al despertarse a la mañana siguiente; después haber dormido sobre el escritorio, Delaura tiene una visión de la marquesita y sigue recitándole los versos del poeta español. El sacerdote parece casi convertirse en un poeta y su voz empieza a confundirse con la del poeta: “Delaura, con Garcilaso, le dijo con voz ardiente: «*Por vos nací, por vos tengo la vida, por vos he de morir y por vos muero*»” (p. 103). La identificación con el poeta se hace aun más fuerte al comprobar el sufrimiento de Sierva María que no ha necesitado “de la ayuda de nadie para incubar en la soledad de su celda el pánico de la muerte” (p. 110). Cayetano ya se encuentra en un proceso que lo está alejando de las creencias y de los dogmas que hasta ese momento lo habían respaldado y

¹⁶ Gómez de Buendía Blanca Inés (1997), Intertextualidad y erotismo en De amor y otros demonios de G. García Márquez, en “*Cien Años de Soledad*” *Veinte años después*,. Universidad Nacional de Colombia

lo convertirá en poeta y amante. El confort de la fe ya no puede aliviar su dolor, sus padecimientos no son las del espíritu sino los afanes del cuerpo que sólo la poesía puede aplacar:

Cayetano Delaura, a su vez intentó la purificación previa al exorcismo, y se encerró a cazabe y agua en la biblioteca. No lo consiguió. Pasó noches de delirio y días en vela escribiendo versos desaforados que eran su único sedante para las ansias del cuerpo (p. 114)

El primero de estos poemas “desaforados” (p. 114) es el recuerdo de su primer día en el seminario de Ávila cuando el padre rector le quitó el libro prohibido que los sacerdotes encontraron en su baúl. Un libro prohibido cuyo título Cayetano no puede recordar. Esa evocación aviva la sensación que acompaña al sacerdote:

Veinticuatro años después, en la umbría biblioteca del obispo, cayó en la cuenta de que había leído cuantos libros pasaron por sus manos, autorizados o no, menos aquel. Lo estremeció la sensación de que una vida completa terminaba aquel día. Otra, imprevisible, empezaba. (pp. 117-8)

De esta manera se suma la idea que un destino inevitable esté para cumplirse, de que en cada verso de amor de Garcilaso “había una premonición cifrada que tenía algo ver con su vida” (p. 103). Se trata de un designio que la suerte empezó a maquinar veinticuatro años antes. Esa convicción deja a Cayetano (y al lector) a la espera del momento epifánico que desvelará la realidad escondida en la premonición. La visita siguiente parece sugerir que Sierva María comparte el mismo destino del sacerdote, por tener el mismo sueño de Cayetano:

«No», dijo la niña. «Fue en un sueño»

Lo contó: estaba frente a una ventana donde caía una nevada intensa, mientras ella arrancaba y se comía una por una las uvas de un racimo que tenía en el regazo. Delaura sintió un aletazo de pavor. Temblando ante la inminencia de la última respuesta, se atrevió a preguntarle:

«¿Cómo terminó? »

«Me da miedo contárselo», dijo Sierva María.

Él no necesitó más. Cerró los ojos y rezó por ella. Cuando terminó era otro. (pp. 124-5)

El miedo a contar el sueño satura la neutralidad de esta premonición, convirtiéndola en un presagio negativo para sus destinos. Entonces Cayetano, preocupado por el futuro de Sierva visita a Abrenuncio. El sacerdote viendo la cantidad de libros amontonados en la sala del médico, Cayetano se acuerda del libro que le confiscó el rector del seminario cuando tenía doce años y del que sólo recordaba un episodio que le cuenta a Abrenuncio:

«¿Recuerda el título?», preguntó Abrenuncio.

«Nunca lo supe», dijo Delaura. «Y daría cualquier cosa por conocer el final».

Sin anunciárselo, el médico le puso enfrente un libro que él reconoció a primer golpe de vista. Era una antigua edición sevillana de *Los cuatro libros del Amadís de Gaula*. Delaura lo revisó, trémulo, y se dio cuenta de que estaba a punto de ser insalvable. (p. 132)

Amadís de Gaula es una novela de caballerías, cuyo final recrea el encuentro amoroso entre el caballero y la dama añorada, y desde luego la revelación se configura como una premonición para el sacerdote. Cayetano se da cuenta de que su alma, a punto de ser “insalvable” (p. 132) según los dogmas de la iglesia, es víctima del amor y de que Sierva María puede ser una tentación del Espíritu Santo para medir la fuerza de su fe. Incapaz de comprender los remordimiento que está perseguitando a Delaura, Abrenuncio le dice que tan sólo quería hablar de ella:

«A no ser que esa criatura me haya sido impuesta por el Espíritu Santo para probar la fortaleza de mi fe».

Le bastó con decirlo para liberarse del nudo de suspiros que lo oprimía. Abrenuncio lo miró a los ojos, hasta el fondo del alma, y se dio cuenta de que estaba a punto de llorar.

«No se atormente en vano», le dijo con un tono sedante. «Tal vez sólo haya venido porque necesitaba hablar de ella»

Delaura se sintió desnudo. (p. 134)

Cayetano se ha enamorado de Sierva María. Un sentimiento que sigue desarrollándose según el modelo del galanteo cortés: durante un altercado, el acto de Cayetano de 'ofrecer la otra mejilla' frente a los golpes de Sierva no representa una conducta cristiana sino la sumisión del caballero indifeso ante la dama, según la retórica del amor cortés. Es inevitable subrayar que una de las enseñanzas fundamentales del cristianísimo, a pasar de su sentido religioso, lleva una connotación erótica. Es un síntoma de que el amor empieza a “contaminar” la identidad religiosa del sacerdote que recibe placer físico de los golpes de su amada:

la niña le soltó una ráfaga de escupitajos en la cara. Él se mantuvo firme, y le ofreció la otra mejilla. Sierva María siguió escupiéndolo. Él volvió a cambiar la mejilla, embriagado por la harada de placer prohibido que le subió de las entrañas. (pp. 135-6)

El final del cuarto capítulo pone en escena el conflicto vivido por Cayetano en toda su violencia, esté se siente culpable por probar un placer que su fe juzga prohibido:

Abrió las maletita de Sierva María y puso las cosas una por una sobre la mesa. Las conoció, las olió con un deseo ávido del cuerpo, las amó y habló con ellas en hexámetros obscenos, hasta que no pudo más. Entonces se desnudó el torso, sacó de la gaveta del mesón de trabajo la disciplina de hierro que nunca se había atrevido a tocar, y empezó a flagelarse con un odio insaciable que no había de darle tregua hasta extirpar en sus

entrañas hasta el último vestigio de Sierva María. El obispo, que había quedado pendiente de él, lo encontró revolcándose en un lodazal de sangre y de lágrimas.

«Es el demonio, padre mio», le dijo Delaura «El más terrible de todos». (pp. 136-7)

En las últimas líneas del capítulo, se aclara el sentido del título que relegaba el amor en lo demoníaco, fiel a una religión incapaz de integrar en su régimen moral el instinto y la pasión, agarrado a la feroz concepción católica de la iglesia inquisidora, el sacerdote Cayetano reconoce en su amor para la marquesita un sentimiento que está corrompiendo su espíritu y por eso necesita afirmar con fuerza su adhesión a la fe católica. La mortificación moral para las pulsiones del cuerpo lleva el sacerdote a la auto-flagelación.

En el quinto capítulo, después haber escuchado la confesión “descarnada” (p. 139) de Cayetano, el obispo lo despoja de sus encomiendas y privilegios, y lo manda a servir de enfermero a los leprosos. A pesar de la punición que le da “una sensación de alivio profundo” (p. 139) y satisface la necesidad masoquista de un castigo, los sentimientos del sacerdote no se aplacan sino que alimentan la convicción de que “no habría océanos ni montañas, ni leyes de la tierra o el cielo, ni poder del infierno que pudieran apartarlos” (p. 142). Una noche Cayetano, “por una inspiración desmesurada” (p. 142), escapa del hospital para ir al convento. Después superar los obstáculos físicos que lo separan de su dama, el sacerdote vence las reticencias de Sierva María. En esa primera visita después de su destitución, Delaura pone el acento en un elemento típico del imaginario cortés: la rubia cabellera de la dama, “«Ahora cierro los ojos y veo una cabellera como un río de oro»” (p. 144). Gracias a su amor para Sierva María, Cayetano encuentra el valor y la fuerza para infringir las disposiciones del obispo, logrando superar el remordimiento debido a los sentimientos para la marquesita. A través de la relación amistosa que entretiene con Abrenuncio, Cayetano adquiere algunos conceptos de la filosofía iluminista representados en la obra de Voltaire, *Cartas Filosóficas*, que Abrenuncio le regala. Esas ideas iluministas se contraponen a los dogmas católicos en que el sacerdote había creído hasta ese momento. En este sentido el dolor por su amor empuja Cayetano a cumplir un itinerario interior para conquistar un punto de equilibrio entre razón y fe. A pesar de la aceptación de estas nuevas instancias filosóficas, Cayetano no se convierte en un racionalista y Abrenuncio lo define como un hombre “liberado de las servidumbres de la razón” (p. 167). De hecho, Cayetano no abandonará su fe, sino sólo la opresión de las prácticas eclesiásticas; como revela el texto su obsesión es “huir lo más posible de la opresión del mundo cristiano” (p. 167). En un diálogo con Abrenuncio explica su visión de la religión, una religión que ahora incorpora lo humano y el amor:

«No teme condenarse?»

«Creo que ya lo estoy, pero no por el Espíritu Santo», dijo Delaura sin alarma.
«Siempre he creído que él toma más en cuenta el amor que la fe». (p. 167)

El sacerdote se emancipa de la ortodoxia católica dominada por la superstición y conquista un nuevo punto de equilibrio: en la visión de Cayetano el amor parece no sólo es lo más importante para el Espíritu Santo, sino que además llega casi a coincidir con él, Delaura inicia a Sierva María en “el culto de la poesía y la devoción del Espíritu Santo” (p. 149). De esa manera el destino del sacerdote parece cumplirse como ya estaba escrito en su nombre (las palabras Espíritu Santo son unos de los elementos que componen su apellido). En su confesión, Cayetano compara su amor para Sierva María al amor que Dios suscita en sus fieles. El sentimiento de Delaura parece adquirir los rasgos místicos que caracterizan el amor cortes:

Y sin darle tiempo al pánico se liberó de la materia turbia que le impedía vivir. Le confesó que no tenía un instante sin pensar en ella, que la vida era ella a toda hora y en todas partes, como sólo Dios tenía el derecho y el poder de serlo, y que el gozo supremo de su corazón sería morir con ella. (pp. 145-6)

En la tercera visita de Cayetano, una vez más, la atención se centra en la cabellera de la marquesita que provoca “el sudor glacial de la tentación” (p. 144). Delaura recita a Sierva María un verso del poeta español que ella no entiende, y le cuenta la historia del abuelo de su tatarabuela. En ese momento la poesía de Garcilaso se convierte en el código de seducción de los amantes:

Algo se movió en el corazón de Sierva María, pues quiso oír el verso de nuevo. Él lo repitió, y esta vez siguió de largo, con voz intensa y bien articulada, hasta el último de los cuarenta sonetos del caballero de amor y de armas, don Garcilaso de la Vega... (p. 145)

A través de los sonetos de Garcilaso de la Vega, seguidor de la tradición cortes, procede la educación sentimental y amorosa de la niña.

«Repítelo conmigo», le dijo: «*En fin a vuestras manos he venido*».

Ella obedeció. «*Do sé que he de morir*», prosiguió él, mientras le habría el corpiño con sus dedos helados. Ella lo repitió casi sin voz temblando de miedo «*Para que sólo en mí fuese probado cuánto corta una espada en un rendido*» (p. 147)

Delaura le pide a Sierva María que repita los versos de amor como si fueran una oración religiosa. Esa combinación de la conducta religiosa y el erotismo parece la concretización novelística de la definición anterior del amor cortes como “sublimación ritualizada del impulso sexual”. Pero pasa algo imprevisible:

Entonces la besó en los labios por primera vez. El cuerpo de Sierva María se estremeció con un quejido, soltó una tenue brisa de mar y se abandonó a su suerte. Él se paseó por su piel con la yerna de los dedos, sin tocarla apenas, y vivió por primera vez el prodigio de sentirse en otro cuerpo. (pp. 147-8)

Las reglas de la cortesía se rompen: guiada por la poesía del amor profano de Garcilaso, la carga erótica entre Sierva María y el sacerdote explota. Los versos del poeta desvelan un amor voluptuoso totalmente apasionado por el cuerpo, lejano de la concepción platónica de la cortesía. El erotismo imprime una aceleración a los acontecimientos que los llevará a su final trágico, y marca la imposibilidad de conjugar las distintas concepciones de amor que caracterizan las culturas de los amantes:

una voz interior le hizo ver qué lejos había estado del diablo en sus insomnios de latín y griego, en los éxtasis de la fe, en los yermos de la pureza, mientras ella convivía con todas las potencias del amor libre en las barracas de los esclavos. Se dejó guiar por ella, tanteand en las tinieblas, pero se arrepintió en el último instante y se desbarrancó en un cataclismo moral. (p. 148)

El fragmento pone de manifiesto la fractura moral de Cayetano y el conflicto insanable entre el amor libre de la cultura negra representada por Sierva María y la cultura de Delaura que niega el amor. Para Cayetano la del amor libre es una concepción intolerable su reacción es una exacerbación de la que tiene el virrey frente a la esclava abisinia en el cuarto capítulo:

Estaba vestida con una túnica casi transparente que aumentaba el peligro de su desnudez. Después de mostrarse de cerca a la concurrencia ordinaria se detuvo frente al virrey, y la túnica resbaló por su cuerpo hastalos pies.

Su perfección era alarmante. [...] El virrey palideció, tomó aliento, y con un gesto de la mano borró de su memoria la visión insoportable. (p. 115)

La herencia cultural del virrey y de Cayetano es la misma, ambos personifican la cultura europea ennoblecida por la filosofía racionalista como se puede deducir de la conversación el la que se refieren a Leibniz:

Le preguntó a Delaura con un interés real:

«Has leído a Leibniz?»

«Así es excelencia», dijo Delaura (p. 119)

Los planes del virrey “de estímulos a las artes y las letras para poner estos suburbios coloniales a tono con el mundo” (p. 118), aunque si afectados de etnocentrismo, se conforman con una visión iluminista. Como ya se ha dicho antes, Cayetano se ha emancipado de la superstición católica. También el virrey parece diferenciarse de la crueldad y de la superstición que caracteriza la clase

dominante del mundo colonial ficcionalizado por Márquez. El virrey no comparte la ferocidad del obispo y frente a sus palabras se queda “demudado” (p. 120) e incluso se muestra escéptico frente a la posibilidad que Sierva María sea poseída:

La virreina murmuró al oído del esposo:

«Está poseída por el demonio»

El virrey se resistió a creerlo. [...] Tratando de evitarle a Sierva María un destino semejante, la encomendó a sus médicos. (p. 115)

Pero a pesar de todo eso, las potencias del amor libre son una visión intolerable tanto para el aristocrático como para Cayetano. La cultura europea no logra integrar la sexualidad en su legado cultural y aceptar la alteridad de la cultura negra.

Cabe destacar que la elección de plantear la contraposición que caracteriza la novela utilizando los términos cultura blanca y negra es fruto de una interpretación personal, no compartida por la crítica. Penuel subraya que el conflicto caracterizante *Del amor y otros demonios* es entre la religión católica, por un lado, y la cultura negra y el pensamiento iluminista, por el otro:

the enslaving dogmas and practices of the Church are placed in juxtaposition with the liberating forces of Renaissance humanism, enlightenment rationalism and freethinking, and the eclectic religion and culture of African slaves (Penuel 1997: 46)¹⁷

En mi opinión ese conflicto no deriva simplemente de la negación de la sexualidad perpetuada por la religión católica. La crítica de Márquez no se limita a ese aspecto de la cultura europea, sino es mucho más amplia y profunda. Como apunta Steenmeijer “si la novela ‘celebra’ una cultura, es la cultura de origen europeo”.¹⁸ De hecho, el autor celebra la cultura iluminista a través de las referencias a Leibniz y Voltaire a lo largo de la novela, y la contrapone a las supersticiones de la religión, identificándola como el medio para la emancipación de la ortodoxia católica. En un primer nivel la conflictividad se desarrolla entre la cultura iluminista y la religión católica y en este sentido podríamos definir estas instancias filosóficas como las dos caras de la cultura blanca. Pero la condena de las supersticiones y del planteamiento dogmático del catolicísimo, no significa que haya compatibilidad entre el pensamiento racionalista y la cultura negra. Incluso el pensamiento racionalista se demuestra incapaz de incorporar el amor. No sólo los exponentes y los fieles de la

¹⁷ Penuel, Arnold M, “Symbolism and the Clash of Cultural Traditions in Colonial Spanish America in García Márquez’s *Del amor y otros demonios*”, apud Steenmeijer Maarten, “Racismo utópico en *Del amor y otros demonios* de Gabriel García Márquez”, *Espéculo. Revista de estudios literarios*, Universidad Complutense de Madrid, 2002. <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero27/delamor.html>>

¹⁸ Steenmeijer Maarten, “Racismo utópico en *Del amor y otros demonios* de Gabriel García Márquez”, *Espéculo. Revista de estudios literarios*, Universidad Complutense de Madrid, 2002. <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero27/delamor.html>>

cultura católica sufren de esa defeción sino también los representantes del pensamiento iluminista y racionalista. En este sentido el último dialogo entre Cayetano y Abrenuncio es revelador:

Le contó todo, desde los motivos reales de su castigo hasta las noches de amor en la celda. Abrenuncio se quedó perplejo.

«Me hubiera imaginado cualquier cosa de usted, menos estos extremos de demencia».

Cayetano, sorprendido a su vez, le preguntó:

«Nunca ha pasado por esto?»

«Nunca, hijo mío», dijo Abrenuncio. «El sexo es un talento y yo no lo tengo».

Trató de disuadirlo. Le dijo que el amor era un sentimiento contra natura, que condenaba a dos desconocidos a una dependencia mezquina e insalubre, tanto más efímera cuanto más intensa. (pp. 166-7)

Las palabras negativas usadas por Abrenuncio, el representante más culto de la herencia filosófica de Europa, reflejan la visión del amor que caracteriza el racionalismo iluminista. Definiendo el sexo como un talento y negando de tenerlo, Abrenuncio rehusa todos los impulsos que animan a los seres humanos y casi parece abrazar la perspectiva estoica que rechaza todas las pasiones. Si en la perspectiva católica el amor se asimila a lo demoniaco, en la racionalista se convierte en una enfermedad. La incapacidad de incorporar el amor atañe toda la cultura blanca, porque tampoco la visión utilitaria de la cultura iluminista puede abrazar el ideal de amor que caracteriza la cultura negra. La negación del amor une a las dos caras de la civilización europea. Por esas razones me parece correcto afirmar que en un segundo nivel la conflictividad se desarrolla también entre toda la cultura blanca (no sólo la religión católica) y la cultura negra.

Los rituales del amor cortés que parecían ontológicamente destinados a incluir un amor tan transgresor (como lo es el entre un sacerdote y una niña poseída por el demonio) no logran sintetizar las antitéticas posiciones de sus distintas culturas:

No se saciaron de hablar de los dolores del amor. Se agotaban a besos, declamaban llorando a lágrima viva versos de enamorados, se cantaban al oído, se revolcaban en cenagales de deseo hasta el límite de sus fuerzas: exhaustos pero vírgenes. Pues él había decidido de mantener su voto hasta recibir el sacramento, y ella lo compartió. (p. 148)

Incapaz de aceptar la alteridad de su amante y asustado por el poder del amor, Cayetano no sólo impone el vínculo de la castidad sino, que demuestra toda su ineptitud quejándose con Sierva por su desgraciado destino, olvidándose que la marquesita que estaba recluida por voluntad de la misma Iglesia y despreocupándose por el peligro que corría su amada.

Fue Sierva María la que se dio cuenta, desengañada por el padre Aquino, de que la libertad dependía sólo de ellos mismos. Una madrugada, después de largas horas de

besos, le suplicó a Delaura que no se fuera. Él lo tomó a la ligera y se despidió con un beso más. (p. 157)

El sacerdote es incapaz de tomar en cuenta la identidad de Sierva y se niega incluso a prestar atención a las ansiedades de su amada que, percepiendo el peligro inminente, pide su ayuda para huir. En este sentido la ostentada identificación del sacerdote con Garcilaso adquiere un matiz profundamente irónico, a pasar del destino trágico. Cayetano tranquiliza a Sierva sobre las prácticas de exorcismo del obispo que la llevarán a la muerte:

Cayetano trató de calmarla. Le aseguró que a pesar de sus corpulencia titánica, su voz tormentosa y sus métodos marciales, el obispo era un hombre bueno y sabio. Así que el pavor de Sierva María era comprensible, pero no corría ningún peligro. (p. 152)

Con respecto a la historia del poeta español que muere por su dama, en la novela hay una inversión de papeles: la mujer se convierte en la víctima del amor y Cayetano, el presunto 'caballero', se vuelve responsable del fallecimiento de Sierva. La marquesita es la que vive su pasión aceptando las contradicciones que lleva hasta la muerte, sin poner vínculos a su amor, mientras que Cayetano no alcanza la 'otredad' de su amada en su solipcística atención hacia sí mismo.

2. La identidad híbrida y armoniosa de Sierva María

Al final, el sincretismo cultural que tenía que celebrar el amor entre Cayetano y Sierva María fracasa. El amor no sanciona la unión entre las distintas identidades, sino que lleva la marquesita a un epílogo trágico. Más allá de la ineptitud de Delaura, las razones de ese fracaso parecen ser más profundas: el sacerdote es un exponente de la élite colonial que “se muestra como una comunidad sin rumbo cierto, inestable, confundida, turbada o incluso perdida”¹⁹ a lo largo de toda la novela. En un dialogo con Abrenuncio, Cayetano confiesa sus temores:

«A mi edad, y con tantas sangres cruzadas, ya no sé a ciencia cierta de dónde soy», dijo Delaura. «Ni quién soy».

«Nadie lo sabe por estos reinos», dijo Abrenuncio. «Y creo que necesitarán siglos para saberlo» (p. 131)

El autor encarga al sabio Abrenuncio, el personaje que se distingue en toda la novela por su afán crítico y que ha conducido a Cayetano a la superación de la ortodoxia católica, la conciencia que los

¹⁹ Steenmeijer Maarten, “Racismo utópico en *Del amor y otros demonios* de Gabriel García Márquez”, *Espéculo. Revista de estudios literarios*, Universidad Complutense de Madrid, 2002.
<<http://www.ucm.es/info/especulo/numero27/delamor.html>>

problemas que atañen la identidad de Delaura son la expresión de una sociedad que necesitará siglos para solucionarlos. La origen de esos conflictos se encuentra en las palabras del obispo:

El obispo habló del batiburrillo de sangre que habían hecho desde la conquista: sangre de español con sangre de indios, de aquellos y estos con negros de toda laya, hasta mandingas musulmanes, y se preguntó si semejante contubernio cabría en el reino de Dios. (p. 119)

Esas frases revelan un miedo ancestral por la otredad: la negación de la culturas 'otras' es total hasta negar a quien es diferente el derecho de pertenecer al reino de Dios, tanto que el mestizaje no se configura como “la promesa de una raza cósmica que reúne lo mejor de cada uno de sus constituyentes sino el fracaso, la confusión, la decadencia, la ruina”²⁰. De esa manera se aclara que las deficiencias de Cayetano como amante reflejan los límites de toda una civilización y que la síntesis entre diferentes identidades, conducida por medio de las dinámicas del amor cortés, ha fallado porque es expresión de una cultura incapaz de abrazar la otredad. Tras establecer la imposibilidad de la cultura blanca de conjugar dos identidades distintas, el autor encomienda esa tarea a dos mujeres pertenecientes a la negra; como destaca Steenmeijer “aparte de engendrar a personas de una belleza sobrehumana, la raza negra es capaz de asumir una identidad híbrida armoniosa”.²¹ La primera es la antigua criada del marqués, Dominda de Adviento, que reúne lo mejor de los dos mundos:

Dominga de Adviento [...] era el enlace entre aquellos dos mundos. [...] Se había hecho católica sin renunciar a su fe yoruba, y practicaba ambas a la vez, sin orden ni concierto. Su alma estaba en sana paz, decía, porque lo que le faltaba en una lo encontraba en la otra. (18-19)

Ella cría a Sierva María, la protagonista que testimonia con el sacrificio de su vida el poder del amor de sobrepasar las diferencias. La marquesita recibe un trato de huérfana, abandonada por el desamor de sus padres a la educación que le impartieron los negros esclavos sirvientes en la casa del marqués “quienes le inculcaron toda su rebeldía agazapada, todos sus anhelos de libertad, sus costumbres, su fe”.²² Por eso su nombre Sierva María de Todos los Ángeles resulta irónico por la sobreabundancia de términos religiosos a los que no corresponde su alma indomable y que no alcanzan su identidad compleja. La niña fue rebautizada María Mandinga por Dominga de

²⁰ Steenmeijer Maarten, “Racismo utópico en *Del amor y otros demonios* de Gabriel García Márquez”, *Espéculo. Revista de estudios literarios*, Universidad Complutense de Madrid, 2002. <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero27/delamor.html>>

²¹ *Ibidem*

²² Tedio Guillermo (2005), “*Del amor y otros demonios* o las erosiones del discurso inquisitorial”, *Espéculo. Revista de estudios literarios* Universidad Complutense de Madrid, <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero29/delamor.html>>

Adviento, un “alias que en su contradicción expresa la pugna de dos ideologías religiosas, dos culturas, lo sagrado y lo demoníaco, lo judeo-cristiano y lo africano”²³:

Dominga de Adviento la amamantó, la bautizó en Cristo y la consagró a Olokun, una deidad yoruba de sexo incierto, cuyo rostro se presume tan temible que solo se deja ver en sueños, y siempre con una máscara (p. 54)

Por ser una blanca criada como una negra, una noble que vive entre los esclavos, será víctima de un mundo incapaz de aguantar sus paradojas. Pero, a diferencias de sus verdugos, por su capacidad de asimilar en sí mismas todas estas contradicciones logra adquirir una identidad tan fuerte para aguantar las torturas y los exorcismos y para entregarse sin reservas a su amado, hasta la muerte:

La muerte prematura de Sierva María puede interpretarse como un síntoma de una larga y terca tradición plagada de fanatismo e intolerancia y, al mismo tiempo, turbada por una identidad cultural intrincada y confusa. El contraste entre esta cultura y la adaptada por Sierva María es tan agudo como significativo: ésta se manifiesta como sólida, fuerte, estable, e incluso me atrevería a añadir inocente y pura.²⁴

Resumiendo, cabe afirmar que *Del Amor y otros demonios* es una obra de denuncia cuya portada trasciende la historia colonial, ya que critica la secular tendencia de la cultura europea a considerar sus paradigmas culturales como universalmente aceptados. A esa actitud etnocéntrica que genera conflictos, se contrapone la capacidad de Sierva de armonizar los contrastes sin negarlos. Y gracias a la poética imagen de la caballera de Sierva que no deja de crecer tras la muerte, Márquez espera que la capacidad de aceptar y amar la otredad no se agote nunca.

²³

Ibidem

²⁴ Steenmeijer Maarten, “Racismo utópico en *Del amor y otros demonios* de Gabriel García Márquez”, *Espéculo. Revista de estudios literarios*, Universidad Complutense de Madrid, 2002.
<<http://www.ucm.es/info/especulo/numero27/delamor.html>>